

Señor Director:

En Aurora (1881), Nietzsche desliza una sospecha incómoda: las sociedades modernas ensalzan el trabajo no solo porque produce riqueza, sino porque mantiene a la gente ocupada. El trabajo duro consume una enorme cantidad de energía nerviosa y se la resta a la reflexión y a la duda. Una sociedad permanentemente atareada es, entre otras cosas, más gobernable.

Nietzsche miraba fábricas, horarios y supervisión. Nosotros miramos el correo en el teléfono, Zoom, plataformas digitales, teletrabajo y, ahora, inteligencia artificial generativa. Su sospecha envejeció mejor de lo que uno quisiera.

Cada generación de tecnologías laborales llega con la misma promesa —ahorrarnos tiempo— y produce un resultado paradójico. El correo electrónico aceleró la correspondencia y multiplicó los mensajes. El computador automatizó tareas y elevó las expectativas de producción. El smartphone permitió trabajar desde cualquier lugar y, precisamente por eso, hizo posible que cualquier lugar se convirtiera en lugar de trabajo. La eficiencia no se tradujo en descanso, sino en volumen.

Conviene detenerse aquí. Si una herramienta permite hacer en seis horas lo que antes requería ocho, no existe ninguna ley tecnológica que establezca qué debe ocurrir con las dos horas restantes. La tecnología genera una posibilidad; la organización decide cómo se distribuye. Por eso la inteligencia artificial plantea una pregunta más sociológica que tecnológica: no solo cuánto aumentará la productividad, sino quién se apropiará del tiempo que libere.

En Chile llevamos años discutiendo eso, aunque con otro nombre. La Ley 21.561 redujo la jornada de 45 a 44 horas en 2024, a 42 desde abril de este año y a 40 en 2028. El detalle de su aplicación es revelador: como la rebaja debía acordarse entre las partes, la Dirección del Trabajo tuvo que fijar qué pasaba si no había acuerdo. Hasta definir qué significa concretamente "trabajar dos horas menos" fue objeto de regulación y disputa.

Sería cómodo terminar con el típico texto contra la tecnología. Pero sería la mitad de la historia. Nosotros también participamos: revisamos el correo un domingo aunque nadie lo pida, sentimos culpa si una tarde no producimos nada y convertimos el descanso en un proyecto de optimización. Hasta descansar puede transformarse en una tarea con indicadores. Ya no hace falta creer que trabajar incansablemente sea una obligación ante Dios; basta con creer que debemos ser productivos, empleables y competitivos.

Si un informe que antes tomaba cuatro horas ahora toma una, la organización tiene dos caminos: dejar libres

las tres horas restantes o encargar tres informes más. La historia reciente del trabajo permite sospechar cuál camino se escogerá. Y si necesitamos leyes y pronunciamientos administrativos para determinar cómo se materializan dos horas menos de jornada, es ingenuo suponer que las que libere la IA se convertirán solas en tiempo libre. El tiempo no se distribuye solo: se negocia, se regula y se disputa.

La inteligencia artificial puede liberar tiempo. La pregunta es quién podrá disponer de él.

*Nelson Lay/ Académico de Psicología,
Universidad Andrés Bello*